

playa al buque hasta haber desembarcado toda la fuerza, que ascendería á unos sesenta hombres.

Entre los que acompañaban al príncipe, muy pocos había que estuviesen enterados del plan que iba á realizarse; el respeto y la confianza que á todos inspiraba Luis Napoleón, bastaba para que fueran secundados sus proyectos sin ser conocidos.

Figuraban entre ellos algunos personajes á quienes hemos visto tomar parte en la expedición de Strasburgo, tales eran los señores Persigni, el comandante Parquin y otros nuevos personajes, cuyos nombres vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores.

Había entre estos últimos el comandante Mesonau, el cual había entrado al servicio á los diez y nueve años; nombrado capitán en 1809 rechazó á los ingleses junto á Flessingue.

Habiendo sido hecho prisionero algún tiempo después, fué destinado á morir en los pontones, donde estuvo sufriendo, durante cinco años, los atroces tormentos á que condenaba á los prisioneros franceses aquella nación civilizada.

El comandante Mesonau tuvo la gloria y el dolor de asistir á la derrota de Waterloo.

Era otro de los expedicionarios el coronel Voisin, nacido en 1779; hallábase en el servicio desde la edad de veinte años; habíase distinguido mucho en Austerlitz, Eylau y Friedland; también en Portugal, bajo el mando del general Junot, hizo prodigios de valor en Posabello, derrotando con escasas fuerzas un gran número de lanceros enemigos.

En la campaña de Rusia recibió el coronel Voisin muchas heridas, hasta que por último se le dejó por muerto sobre la nieve.

Durante la invasión, cargó con 12 húsares á un batallón inglés de quinientas plazas, y logró ponerle en derrota; finalmente, cuando la suerte y los hombres abandonaron á Napoleón en su caída, le propuso Voisin acompañarle con dos regimientos, hasta el ejército del Loire.

Finalmente también estaba allí el general Montholon, joven soldado de once años en 1793, héroe de Hohenhader, donde recibió un sable de honor; fué herido en Jena y se hizo de él mención honorífica en la orden del día en Elsberg, Eckmühl y Wagram.

Fué también uno de los que opuso á la invasión una resistencia enérgica, poniendo en pie de guerra la guardia nacional de Lyon.

Fiel compañero del Emperador, asistió á la agonia del cautivo de Santa Elena, mereciéndole su

destierro voluntario el inestimable patrimonio de que Napoleón le dedicase en su testamento esta frase:

«Montholon se ha portado conmigo como un hijo.»

Tales eran los hombres que acompañaban al príncipe, dotados, como se ve, de corazón, cabeza y fuerte brazo, y á los cuales la azorada Corte, quiso presentar como una turba de jóvenes locos que intentaba realizar un plan descabellado.

Se dirigió aquella pequeña fuerza hacia la columna imperial, marchando Lombard á su frente con la bandera francesa coronada por el águila; se saludó con la bandera el monumento napoleónico, á los gritos de *viva el Emperador*, dirigiéndose luego los sublevados hacia el cuartel de infantería, ocupado por alguna fuerza del 42 de línea. Estaba en este regimiento el teniente Aladenize, con cuya cooperación se contaba, el cual en aquel mismo instante acababa de llegar de Saint-Omer para tomar parte en el movimiento; dió en seguida la orden de tocar llamada, y estaba ya el príncipe arengando á la tropa, cuando se presentó un capitán llamado Coll Puygellier.

Dejemos á este oficial que refiera lo que entonces pasó, sin hacer nosotros más que rectificar algunos hechos.

«Esta mañana, á las seis menos cuarto, ha llegado el señor Aladenize, teniente de cazadores del regimiento 42 de línea, y al entrar en el cuartel ha dicho al sargento primero Clement: «Vamos pronto, tomar las armas; que los granaderos y cazadores bajen desde luego.»

»Mientras que aquella fuerza bajaba, ha dicho que el príncipe Luis había entrado con un numeroso estado mayor y unos cuarenta hombres armados que vestían el uniforme del 40 de línea.

»Luego el señor Aladenize ha hecho formar las dos compañías y ha llamado á los sargentos...

»En aquel momento logró escaparse un granadero y vino á informarme de todo cuanto pasaba: acudí en seguida, pero al llegar á la puerta del cuartel se arrojaron sobre mí algunos soldados y oficiales diciéndome: «Quedáis preso»: había entre ellos un coronel muy alto.

»En tal apuro, tiré del sable y me defendí vigorosamente hasta llegar á la plaza interior del cuartel, donde estaba formada mi compañía; entonces se me presentó el príncipe Luis y me dijo: «Capitán, sed de los nuestros y se os concederá todo cuanto podáis apetecer.» A lo que contesté: «Seáis ó no el príncipe Luis, no os reconozco; Napoleón,

vuestro predecesor, abatió la legitimidad, por lo tanto, no podéis vos reclamarla en su nombre; evácuense inmediatamente el cuartel.»

»Así luchando de obra y de palabra logré acercarme hasta mis soldados, que al verme acudieron á mí, y rechazaron luego fuera de la puerta, á aquel grupo enemigo.

»Todos los demás oficiales de la compañía estaban entonces á mi lado; mientras estaba yo dictando mis disposiciones quiso el grupo entrar de nuevo y proponerme un parlamento, pero sin querer oír ninguna proposición, le indiqué que se retirase, pues de otro modo estaba dispuesto á hacer uso de la fuerza.

»Como me dirigiese en particular al príncipe Luis, me tiró éste un pistoletazo, cuya bala hirió á un granadero en la boca.

»Inmediatamente arrojé al grupo enemigo fuera del cuartel y volví á cerrar la puerta...

Lo que el capitán no vió en medio de la general confusión, dice otro panegirista de estos sucesos, fué que la pistola del príncipe se le había disparado, á consecuencia de los bruscos movimientos que hacían aquellos hombres en su lucha empeñada casi cuerpo á cuerpo.

Aquel incidente no podía ser más fatal á la causa del príncipe, puesto que convirtió en enemigos á los soldados que habían de seguirle ó secundarle en aquel movimiento.

El teniente Aladenize, al cual había dado á conocer el príncipe sus intenciones con respecto á las eventualidades de una lucha, exclamó al oír el tiro: «Que no se derrame sangre, que no se comprometa, sobre todo, la vida del soldado.»

Aquel tiro involuntario que el príncipe habría querido evitar á costa de su sangre, fué la señal de una derrota; luego se emprendió la retirada hacia la parte alta de la población, dirigiéndose aquella escasa fuerza hacia el castillo.

Pero el subprefecto estaba ya prevenido y mandó cerrar inmediatamente la puerta: no quedaba, por lo tanto, á los expedicionarios, otro recurso que reembarcarse lo más pronto posible.

En tal apuro, tomaron el camino de la playa; al llegar la pequeña columna frente al monumento imperial hizo alto, por haber querido Lombard plantar al menos la bandera en su cúspide: entre tanto calculaba el príncipe con dolor las consecuencias de semejante retirada.

¿No era preferible perder la libertad, y hasta la vida, á exponerse por segunda vez al ridículo que sigue siempre en pos de la derrota?

Abismado se hallaba aún en sus tristes reflexiones, cuando se le suplicó que ordenase la retirada:

«No, no, exclamó, partid y dejadme; he jurado morir en el suelo de Francia, y ha llegado la hora de cumplir mi juramento.»

Preciso fué usar de la violencia y arrastrarle hasta la lancha, para arrancarle del sitio en que se hallaba.

Entretanto se había reunido ya la guardia nacional, la brigada de gendarmería estaba sobre las armas, y se dirigían algunas compañías del 42 de línea hacia la costa. El príncipe fué colocado en la lancha, acompañándole el coronel Voisin, Mesonau y los señores de Persigni y de Thelin; los demás se arrojaron al mar, esperando alcanzar á nado el buque de vapor que estaría á poco más de tiro de fusil, de la costa.

La guardia nacional rompió el fuego contra la lancha, quedando mortalmente herido Faura y un polaco llamado Owenski, heridos algunos otros, y finalmente, volcada la lancha, fueron hechos prisioneros todos los individuos que formaban aquella expedición.

El vapor con los fusiles y demás pertrechos de guerra que conducía, también quedó en poder de las autoridades de Bolonia, siendo trasladados los presos á la ciudadela de esta plaza, y más tarde á la fortaleza de Ham.

La Cámara de los Pares quedó constituida en alto tribunal para conocer en los acontecimientos de Bolonia, y el 27 de Septiembre de 1840 dieron comienzo los debates.

Apenas hubo leído el fiscal la acusación, Luis Napoleón tomó la palabra en estos términos:

«Por primera vez se me permite levantar la voz en Francia y hablar libremente á almas francesas.

»A pesar de los guardias que me rodean, á pesar de las acusaciones que acabo de oír, no me permiten los recuerdos de la infancia al verme en el Senado, entre vosotros, á quienes conozco, señores, creer posible la defensa ni mucho menos que podáis vosotros ser mis jueces.

»Una ocasión se me presenta de revelar á mis conciudadanos mi conducta, mis proyectos, lo que pienso y lo que quiero.

»Sin orgullo, como sin debilidad, paso á recordar los derechos depositados por la nación en mi familia, al único objeto de explicar los deberes que esos derechos nos han impuesto á todos.

»Cincuenta años ha que el principio de la soberanía popular fué consagrado en Francia por la revolución más poderosa que han visto los siglos; nunca

la voluntad nacional fué proclamada tan solemnemente, ni expresada por sufragios tan numerosos y tan libres, como cuando fueron adoptadas las constituciones del imperio.

» La nación desde entonces no ha revocado nunca aquel grande acto de su soberanía, y como dijo el Emperador: «Todo lo que ha sido hecho sin su cooperación, es ilegítimo.»

» Sin embargo, no vayáis á creer que dejándome arrastrar por el exceso de una ambición personal, haya querido intentar en Francia, á pesar de la opinión pública, una restauración imperial; pues no me lo permiten ni mi educación política, ni los nobles ejemplos que he tenido ocasión de admirar.

» Nací de un padre, que bajó del trono sin disgusto, el día que no creyó posible conciliar con los intereses de la Francia, los intereses del pueblo que había sido llamado á gobernar.

» El emperador, mi tío, prefirió abdicar el imperio, antes que aceptar los tratados que limitaban las fronteras, y que habían de exponer á la Francia á sufrir las humillaciones y amenazas que le hace actualmente el extranjero.

» Ni un solo día he llegado á olvidar semejantes lecciones.

» La proscripción inmerecida y cruel que arrastró mi vida desde las gradas del trono en que nací, hasta la cárcel de que salgo en este momento, no ha podido triunfar de mi corazón, ni hacerme olvidar un solo día la dignidad, la gloria, los derechos y los intereses de la Francia.

» No es difícil explicar mi conducta y mis convicciones.

» Cuando en 1830 reconquistó el pueblo su soberanía, creía, que al día siguiente de la conquista sería leal como la conquista misma, y que quedarían los destinos de la Francia fijados para siempre; sin embargo, ya ha visto el país las tristes consecuencias de los diez últimos años.

» Pensé que el voto de cuatro millones de habitantes que había encumbrado á mi familia, nos imponía al menos el deber de hacer un llamamiento á la nación y consultar su voluntad; hasta creí, que si en el seno del Congreso nacional que quería convocar, podían hacerse oír algunas pretensiones, tendría el derecho de evocar los brillantes recuerdos del Imperio, y de hablar del hermano primogénito del emperador, de ese hombre virtuoso, que antes que yo, es su digno heredero, y de comparar la Francia de hoy, con la que ya no se cuenta por su debilidad en los congresos de los soberanos, con la

Francia de entonces, tan fuerte en el interior, como era en el exterior poderosa y respetada.

» La nación habría contestado entonces, si quería la república, la monarquía ó el imperio: resultando de su libre decisión el término de nuestros males y de nuestras discordias.

» Con respecto á mi empresa, lo repito, no he tenido ningún cómplice; nadie sabía de antemano cuáles eran mis proyectos, mis recursos y mis esperanzas: sólo á los ojos de mis amigos puedo parecer culpable, por no haber depositado en ellos la confianza á que les hacía acreedores su constancia y su lealtad.

» Pero ya que no me acusan de haber abusado imprudentemente de su valor y decisión, deben comprender, sin duda, los poderosos motivos que me impedían revelarles las fundadas esperanzas que tenía de un próximo triunfo.

» Señores, yo represento aquí un principio, una causa, una derrota; el principio, es la soberanía del pueblo; la causa, la del imperio; la derrota, Waterloo.

» Vosotros habéis reconocido el principio, y habéis defendido la causa; ¿queréis ahora vengar la derrota?

» No, entre vosotros y yo no puede haber desacuerdo; yo no puedo ser condenado á sufrir las terribles consecuencias de la defección por otros cometida.

» Representante de una causa política, no puedo aceptar como juez de mi voluntad y de mis actos una jurisdicción política; vuestras fórmulas no deslumbran ya á nadie; en la cuestión presente no hay más que un vencedor y un vencido.

» Si sois partidarios del vencedor, no puedo esperar que seáis justos conmigo y aun cuando fueseis generosos, tampoco aceptaría vuestra generosidad.»

Este discurso destinado á producir efecto, como se puede comprender muy bien, ponía en un compromiso al Gobierno, y éste procuró por todos los medios posibles atenuarle, buscando por medio de un interrogatorio pérfido y habilidosamente dirigido, provocar contradicciones y confundir al príncipe.

Al mismo tiempo la calumnia fué también arma que se puso en juego, y finalmente, se emplearon todos aquellos recursos que la mala fe pone á disposición del Gobierno, cuando pretende desprestigiar una causa.

M. Berryer, defendiendo al príncipe, se expresó de una manera tal, que no pudo menos de excitar la admiración de sus oyentes.

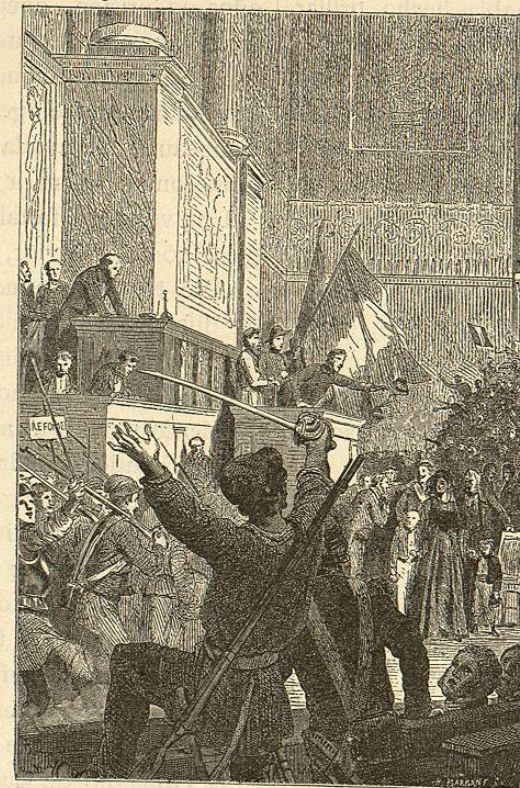
«Señores, dijo el ilustre orador, he comprendido muy bien al procurador general cuando ha exclamado: ¡he aquí un proceso triste y deplorable!

» También yo puedo decir lo mismo, puesto que no he podido asistir á estos graves debates, sin entregarme á las más tristes reflexiones.

» ¡Grande en efecto es la desgracia de un país donde en tan pocos años se han operado tantas revoluciones sucesivas y violentas, derrotando á su vez los derechos proclamados, establecidos, jurados, y arraigando una aflictiva incertidumbre en los ánimos y en los corazones!

» ¡Cómo no ser así, cuando en el transcurso de la vida de un hombre, nos hemos visto sometidos á la república, al imperio, á la restauración y á la monarquía del 7 de Agosto; y todos esos grandes cambios, todos esos gobiernos tan rápidamente levantados unos sobre otros, se han efectuado sin menoscabo de la rectitud de las conciencias, de la dignidad del hombre y hasta diré de la majestad de las leyes!»

Sin duda, el elocuente defensor del príncipe estaba poseído de gloriosos recuerdos que le hacían amar una causa noble y desgraciada, puesto que



La duquesa de Orleans y sus hijos en la Cámara de los Diputados.

hizo comprender con una fuerza de autoridad irresistible, que no podían de modo alguno los secretarios del Gobierno casual de 1830, indignarse por ver atacada su dominación transitoria.

En un pueblo así minado por revoluciones sucesivas, decía con razón el insigne orador, desgraciadamente sucede que los hombres que son considerados en él como facciosos, son por lo regular los que han conservado en su corazón la energía, la lealtad y el culto del derecho.

¿Qué había hecho el príncipe? Se había presentado en territorio francés y disputado con las armas en

la mano la soberanía á la familia de Orleans; se había presentado á reclamar para su familia el derecho que tenía á aquella soberanía, haciendo todo aquello en virtud del mismo principio político en que descansaba el nuevo trono.

Eran todos sus anteriores actos tanto más disculpables, en cuanto no podía reconocer la soberanía nacional en las revoluciones anteriores que no representaban á la nación.

Luis Napoleón Bonaparte era un pretendiente, pero no un faccioso; sucesor de una causa vencida, intentaba de nuevo la lucha; así es que podía ser

combatido, pero nadie tenía el derecho de juzgarle.

En prueba de ello véase como en el año 1836 se había aplicado al príncipe este mismo principio, que es el que se acostumbra seguir con las familias destronadas; para éstas sólo debe haber política en lugar de justicia, porque en tales casos las fórmulas judiciales no podrían ser más que una odiosa comedia.

Recordando luego el orador con su acostumbrada habilidad las recientes manifestaciones que acababa de hacer el mismo Gobierno en favor del Imperio, aquellos grandes hechos de que tanto se hablaba, sobre todo en los últimos tiempos, la invocación solemne de aquel que había hecho brillar su espada victoriosa de uno á otro confín de Europa, el espíritu guerrero que enardecía cada vez más todos los corazones, los restos sagrados del Emperador reivindicados en nombre de la Francia y el monumento que se levantaba al héroe nacional en las orillas del Sena, preguntó si debía extrañarse que después de tantas demostraciones, se despertasen los sentimientos belicosos, por tanto tiempo reprimidos en el corazón del joven príncipe, sucesor de aquel gran nombre.

¿Por ventura un ministro del rey Luis Felipe no había dicho en voz alta: «Fué Napoleón un soberano legítimo del país?»

¿Qué tenía pues de particular que el representante de aquella legitimidad popular hubiese dicho para sí: iré á presidir el duelo, depositaré estas armas venerandas sobre la tumba del Emperador y luego dirigiéndome á la Francia, me reconoces, le diré, por su representante?

Notóse un estremecimiento general en todo el auditorio, y que coloraba el rubor algunos rostros cuando pronunció M. Berryer estas palabras:

«Señores, hay un árbitro supremo entre el juez y el acusado; ¿sabéis cuál es ese árbitro? la conciencia. Pues bien, quisiera que á la faz del país me dijeseis, si en caso de triunfar el príncipe os habríais negado á reconocerle y habríais procurado rechazar su derecho.

» ¡Sólo aquel de entre vosotros que con la mano puesta sobre el corazón pueda decir: habría repro-

bado su acto y negádome á reconocerle, puede ahora condenarle!...»

Sin embargo, la sentencia que había de recaer contra el príncipe, estaba ya dada de antemano.

Aquellos de entre los jueces que tanto habían incensado al tío, y que le habían jurado fidelidad eterna, procuraban con todo empeño evitar la oportunidad de semejantes recuerdos, y Luis Napoleón Bonaparte fué condenado á reclusión perpetua en una de las fortalezas situadas en el continente del reino.

Los demás prisioneros, cómplices en la tentativa del príncipe, fueron condenados á diferentes penas, que variaban entre la deportación y veinte á cinco años de prisión, quedando sujetos toda la vida á la vigilancia de la autoridad.

El príncipe fué conducido á la fortaleza de Ham, acompañándole el general Montholon, el doctor Conneau y el ayuda de cámara Thelin, que no quisieron abandonarle en su desgracia.

Una vez en la fortaleza, incomunicado por completo con el exterior, pasó algunos meses antes de que se templase aquel rigor, dirigiendo después en diferentes ocasiones cartas á amigos particulares, á algunos periódicos, protestas respecto al maltrato de que se le hacía víctima, y finalmente, al Gobierno y hasta al mismo Luis Felipe, suplicándoles, cuando su padre estaba moribundo, que le permitieran ir á recoger siquiera su último aliento.

Pero nada consiguió; el ex rey de Holanda falleció sin poder abrazar á su hijo, y al cabo de seis años de prisión, el día 25 de Mayo de 1846, juzgando el todo por el todo, consiguió evadirse de su cautiverio, yendo á refugiarse á Inglaterra. No hemos de tardar mucho en encontrarle, cambiando en absoluto los destinos de la Francia.

El Gobierno de Luis Felipe había presentado sin duda la influencia que en su destino había de ejercer el sobrino de Napoleón, y creyó librarse de ella, encerrándole en una fortaleza.

Pero no tuvo en cuenta que Luis Napoleón, en aquellos momentos al menos, simbolizaba para el pueblo francés la idea nueva, y que para ésta, no bastan cerrojos ni carceleros, ni muros de piedra; sino que se abre paso por doquiera para cumplir su destino.



CAPÍTULO XIV

FRANCIA. — DE 1841 Á 1852

Nuevo ministerio de M. Thiers.— Francia desea conservar las cenizas de Napoleón.—Ministerio del general Sout.—Ley presentada á las Cámaras sobre las fortificaciones de París.—Política de M. Guizot.—Muerte del duque de Orleans.—La reina Victoria en Francia.—Excelentes relaciones de Francia con España.—Causas de la revolución de 1848.—Jornadas del 22, 23 y 24 de Febrero.—Gobierno Provisional.—Proclamación de la República.—Talleres nacionales.—Asamblea nacional.—La insurrección socialista.—Jornadas de Junio.—Dictadura de Cavaignac.—Asesinato del general Brea.—Muere el arzobispo de París.—Constitución de la República.—Presidencia de Luis Napoleón Bonaparte.—Fin de la Asamblea constituyente.—Asamblea legislativa.—Golpe de estado del 2 de Diciembre de 1851.

NUEVO cambio ministerial verificóse en París en 1.º de Marzo de 1840, sustituyendo al Mariscal Sout, Thiers, que era uno de los jefes de la coalición parlamentaria á quien acompañaban en el ministerio Rémusard, Jaubert, Pelet, Cousin, Vivien, Couvieres, Gouin, y Roussin.

El jefe del poder, impúsose de una manera extraordinaria al monarca, cual si tuviera ya el presentimiento del cambio en su marcha política, marcadamente atrevida y liberal que iba á emprender, pero la cuestión de Oriente fué la causa del fracaso que experimentó, porque siguió defendiendo como el anterior ministerio los intereses del pachá de Egipto, cuestión que encontró muy embrollada, produciendo aquella persistencia una gravísima crisis que por cierto dejó bastante mal parado el honor francés.

Satisfaciendo los deseos de Francia, M. Guizot por aquel entonces, manifestó al Gobierno de Londres el vivo deseo que experimentaban los franceses de ver reposar en los Inválidos las cenizas de Napoleón, á lo cual lord Palmerston se

prestó inmediatamente y escribió al embajador inglés en París la siguiente comunicación, queriendo demostrar al Gabinete francés con aquella prontitud, las simpatías que abrigaba hacia Francia: «El Gobierno de Su Majestad británica espera que la prontitud de esta respuesta será considerada en Francia como una prueba del deseo de borrar todo vestigio de esas animosidades nacionales que, durante la vida del Emperador, armaron una contra otra la nación francesa y la nación inglesa. El Gobierno de Su Majestad tiene confianza en que, si existen semejantes resentimientos en alguna región, se sepultarán en el sepulcro donde van á ser depositados los restos de Napoleón.»

Esta respuesta está escrita en 9 de Mayo y el 15 de Julio se firmaba el tratado de Londres sin la Francia, y hasta cierto punto contra la Francia.

Entre tanto Thiers no perdía la esperanza de que el pachá de Egipto se reconciliaría directamente con el Sultán, viniendo á aumentársela la destitución del gran visir en Constantinopla, que era el mayor enemigo del pachá. En el colmo de su alegría se mostró dispuesto á devolver la ar-